

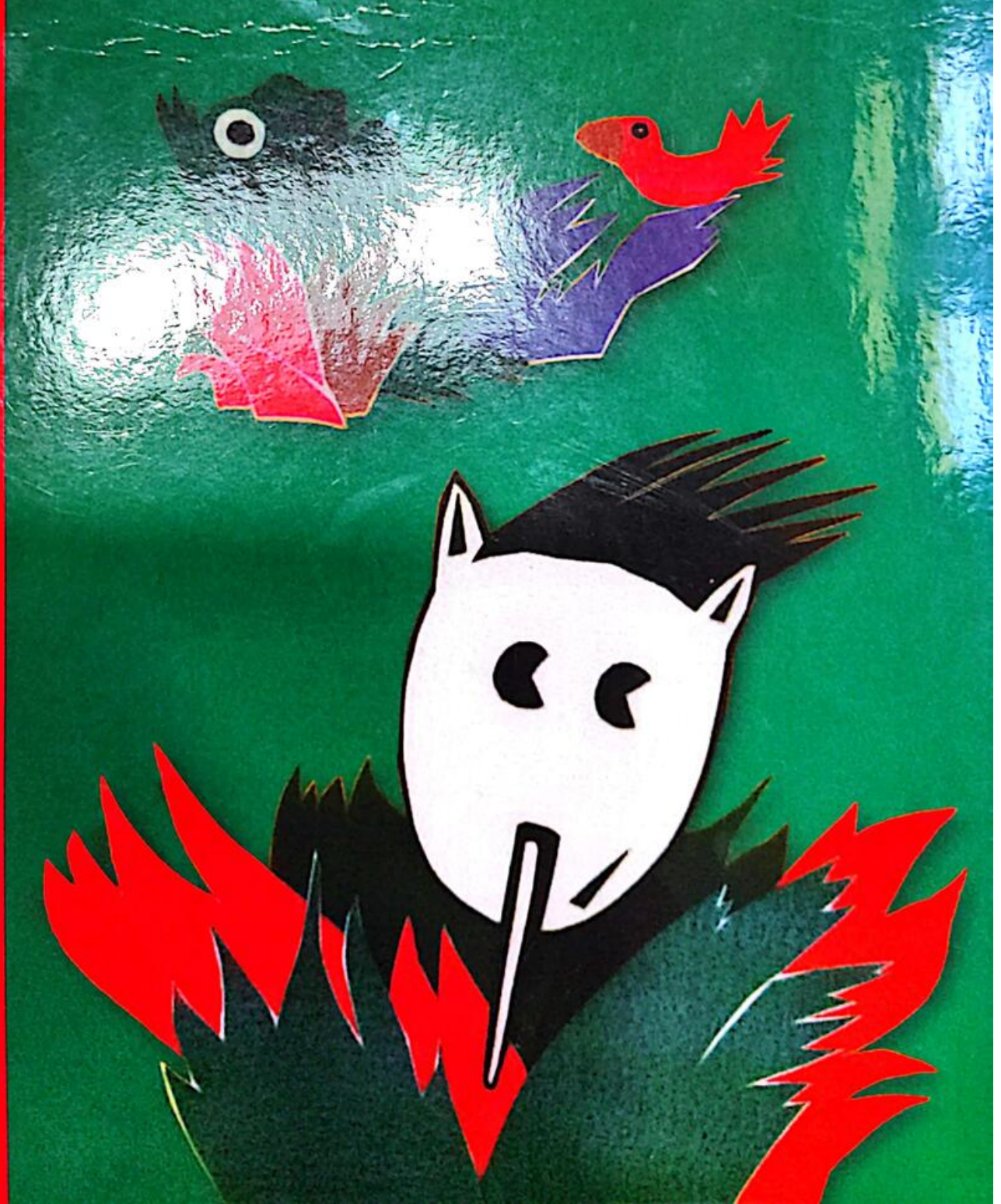
TORRE Roja

Historias del piojo

Gustavo Roldán

Ilustraciones

Oscar Rojas





Historias del piojo

Gustavo Roldán

Ilustraciones
Oscar Rojas

 **Norma**

www.normainfantilyjuvenil.com/ar



Canción de amor

Porque la noche es larga, el piojo cantaba bajito y sin apuro:

“Por el medio del Bermejo,
viene navegando un piojo...”.

—Epa, epa —interrumpió el sapo—, así no, compañero. Ese poema tan famoso dice:

“Por el río Paraná,
viene navegando un piojo”.

—¿Usted cree que un piojo canoero se va a conformar solo con el Paraná? Habrá sido otro día.

—Fíjese que no lo había pensado, pero debe ser cierto.

—Mire esa luna, don Sapo. ¿No es la luna más linda del mundo?

—Seguro. En ningún lugar deben tener una luna como esta.

—¿Y oye la música del viento? ¿Siente el perfume de las flores?

—Hermoso perfume, amigo Piojo, de eso no hay duda, pero sí tengo dudas de otra cosa.

—De qué, don Sapo.

—De lo que le anda pasando a usted.

—¿A mí? ¡Qué me puede pasar a mí!

—Está sentado solito mirando el río; mira la luna, oye el canto del viento y siente el perfume de las flores...

—Sí, todo eso es cierto.

—Y además canta bajito...

—También es cierto.

—Entonces, don Piojo, quiere decir que usted anda con mal de amores, y mejor me cuenta, porque se va a atragantar de tanto mirar el río.

—Creo que me conviene contarle, porque me está agarrando una pena demasiado grande para mí solo.

—¿Muy grande?

—Como la pena de un yacaré.

—No perdamos tiempo. Cuente nomás.

—No es tan fácil, las palabras no me quieren salir, tal vez porque como usted, soy un bicho de boca chica.

—Amigo Piojo, usted ya tiene experiencia en estas cosas, no ande como un jovencito que no sabe qué hacer.

—No crea, don Sapo, nunca se sabe demasiado. Las cosas del amor siempre pasan por primera vez.

—Es cierto. Y vaya largando el rollo mientras mira esa luna que se pasea por el cielo.

—Qué linda luna, ¿no?

—Sí, pero no se aparte de la huella. Me decía que anda medio enamorado.

—Hasta el caracú. Con decirle que las flores perfuman más cuando ella las mira.

—¿Usted ya le dijo algo?

—¡Qué le voy a decir! La veo y se me seca la garganta.

—¿Tan grave viene la historia?

—Mire, yo me preparo unos piropos para dejarla temblando, pero cuando abro la boca, quedo haciendo globitos como surubí que saca la cabeza del agua.

—¡Qué lo tiro! A ver, dígame cómo son esos piropos.

—Le digo uno:

“El pájaro canta al alba,
yo canto al anochecer.

Me gustaría darle un beso
a la hora que quiera usted”.

—¡Qué linda copla! ¡Con eso la enamora hasta las orejas!

—Y tengo un montón. Pero la veo y se me enredan todos los versos... Creo que me voy a morir de tristeza.

—No, no se muera, amigo Piojo.

—Sí, sí, creo que me muero ya mismo y...

Plaf, hizo el piojo, y se cayó muerto ahí nomás. Bueno, muerto no, pero como muerto.

—No se muera, don Piojo. No se muera —dijo el sapo—, que se me está ocurriendo una idea que ni le cuento.

El piojo abrió un ojo y dijo:

—¿Una idea para que no me muera de amor? Dele, dele, que ya estoy comenzando a vivir de nuevo.

—Cuénteme cómo es esa piojita —dijo el sapo.

—Como las flores del jacarandá, como el color del atardecer junto al río, como el canto de la calandria después de la lluvia, como el olor de la lluvia en los días de verano.

—Pero algún defecto debe tener...

—Me parece que es medio caprichosa...

—¿Caprichosa?

—Sí, porque no me da bolilla. Yo le hago zancadillas, le tiro palitos, le tiro algunos cascotes, pero ella nada. Mira para otro lado y ni me saluda. No sé qué hacer, don Sapo.

—¿Y qué más hace, amigo Piojo?

—Cuando la veo cerca, insulto al yacaré y lo desafío a pelear, para que vea lo valiente que soy.

—¿Y qué más hace?

—También le tiro bolitas de paraíso y le saco la lengua.

—¿Y qué más?

—Con el loro, hacemos un concurso de malas palabras. ¡Si viera la cantidad que sabemos! ¡Somos unos campeones, don Sapo! ¿Quiere que le diga algunas?

—No, y no me cuente más. Le tira cascotes, le saca la lengua, le tira bolitas de paraíso, le dice malas palabras, le hace zancadillas...

—Sí, don Sapo, todo eso...

—Y ella da vuelta la cara y pasa de largo...

—Sí, don Sapo. ¿No le parece que es medio caprichosa?

—Ya sé lo que hay que hacer.

—Cuenta, que me estoy por morir otro poquito.

—No, no se muera; mire, cuando vuelva a pasar, no le tire ningún cascotazo ni diga malas palabras...

—¿Y entonces qué hago?

—Dígale uno de esos piropos que usted sabe...

—Es que no me salen. Y además, el corazón me hace un ruido que a cada rato



viene el yacaré a preguntar quién anda golpeando por ahí.

—Bueno, no diga nada. Pero tampoco le tire bolitas de paraíso ni le saque la lengua. Mírela nomás.

—¿Nada más que mirarla?

—Nada más. Y suavecito, como miraba a la luna hace un rato.

—¿Eso es todo, don Sapo?

—Eso es todo. Mírela un día, dos días, tres días.

—¿Y qué más?

—Nada. Nada más. Después me cuenta.

El piojo se quedó pensando, el sapo se fue para cualquier lado, y la luna siguió alumbrando como si no le importaran las cosas que pasaban por ahí abajo. Después, se escondió detrás de los árboles. Las estrellas se fueron apagando despacito.

Las chicharras comenzaron a cantar: primero siete, después ochenta y cuatro, y setecientos cuarenta y dos, y ocho mil catorce y cuatrocientas tres mil, y el sol empezó a levantarse empujado por el canto

de las chicharras. Esa fue una mañana llena de luces y de colores, aunque para el piojo las cosas andaban de color hormiga. Pero en lo peor del color hormiga, se le apareció un arco iris. Ahí nomás, cerquita de una flor de mburucuyá, pasaba la piojita.

El piojo hizo fuerza y no le tiró ningún palito, no le sacó la lengua, no le hizo ninguna zancadilla. Solo la miró suavecito, como a la luna llena.

Después, la mañana se le hizo otra vez de color hormiga.

No fue un buen día para el piojo. Fue el día más largo y el día más triste. Discutió con el quirquincho, se enojó con la iguana, le gritó "bicho jetón" al yacaré, y cuando se cruzó con el yagareté, lo mordió en una pata, desafiándolo a pelear. Pero hasta los días más tristes alguna vez se terminan, y este también se terminó.

Y vino la noche.

Y después el sol volvió a salir, y aunque los pájaros cantaban a más no poder, para

el piojo fue otro día color hormiga. Hasta que apareció una luz como un lucero.

La piojita iba pasando cerca de la flor del mburucuyá, y el piojo no le tiró ningún palito. Solamente la miró.

La piojita pasó. Después de alejarse un poco, se paró a mirar un pastito, se rascó la cabeza, y siguió de largo, llevándose la alegría y el lucero.

—¡Añamembuí! —dijo el piojo—. Me voy a pelear con el puma.

Y se fue a buscar al puma, pero no lo pudo encontrar por ningún lado. Recorrió largos caminos en medio del monte, durante largas horas. No hubo caso. El piojo volvió al atardecer, cansado.

Y así pasó el segundo día más triste del mundo. Esa noche se durmió sin siquiera mirar la luna.

La otra mañana fue peor. Los pájaros cantaban y el río corría lleno de camalotes, pero para el piojo, el día tenía color de hormiga negra, que es el peor de todos los colores que cualquier animal se pueda imaginar.

Y entonces, llegó un rayo, una centella, un relámpago que saltaba entre los pastos y pasaba muy, pero muy cerca de donde estaba el piojo.

El piojo no dijo ninguna mala palabra. No tiró ningún cascotazo. No hizo ninguna zancadilla. Solamente miró hacia esa luz que se acercaba.

—Hola, Piojo —dijo una voz que era como la voz de la estrella más alta.

—Ho... hola —dijo el piojo, despacito.

—¿Viste qué flor más hermosa? —dijo la piojita, mostrándole una flor de ceibo.

El piojo respiró hondo, dos veces, y dijo:

—Me gusta la flor del ceibo,
me gusta el jacarandá,
me gustan los ojos suyos

y me gustaría que vayamos a pasear en yacaré y en el lomo del yagareté y en la cabeza del loro y en puma y en tatú carreta y en oso hormiguero y en tapir y en corzuela y en quirquincho y en víbora cascabel...

—¡Ay, la víbora cascabel me da miedo!

—¡Pero, Piojita, vas a estar al lado mío!

—¡Entonces sí que me animo! ¡Pero ese paseo nos llevaría toda la vida!

—¡Eso es lo que me gustaría!

Y ahí nomás saltaron al lomo del oso hormiguero, que fue el primer bicho que pasó.

Ya recorrieron mil animales, pero en el monte, los bichos siempre son más y más, y mientras no se acaben, el piojo y la piojita piensan seguir paseando juntos. Cada vez más juntos.



Desafío mortal

—¡Claro que voy a pelear!

—No, don Piojo, usted no puede pelear con el puma.

—¿Que no puedo? ¿Por qué no puedo?

—Es una pelea desapareja.

—Igual voy a pelear. Y ya mismo.

El piojo y el puma se enfrentaron. Los ojos de los dos echaban chispas, dispuestos para una pelea a muerte.

Los demás animales los rodeaban en silencio. Ya habían intentado todas las formas de pararlos, pero no había caso.

El puma mostró los dientes. Todos los dientes. Y los animales dieron un largo paso para atrás.

El puma rugió y largó un zarpazo que hizo volar al piojo y lo estrelló contra un quebracho. El piojo se enderezó y atropelló. Otro zarpazo del puma y el piojo quedó colgado en lo más alto de un algarrobo.

—¡Bueno, basta! —dijo el sapo—. ¡Ya está bien!

—¡Nada de basta! —gritó el piojo, bajando a los saltos de rama en rama—. ¡Nada de basta!

Y saltó desde el árbol a la oreja del puma y se prendió como garrapata, dispuesto a chuparle hasta la última gota de sangre.

El puma rugió y se pegó un tremendo manotazo en la oreja para aplastar ahí mismo al piojo. Pero el piojo ya no estaba. Había saltado a la otra oreja y lo mordía desesperadamente. Otro manotazo del puma y el piojo casi aprende a volar.

—¿Y si terminamos la pelea? —dijo el elefante, dando un paso adelante.



—¡Atrás todos! —gritó el piojo—. ¡Nada de terminar la pelea! —Y atropelló, dando manotazos al aire.

El puma retrocedió sorprendido. No había pensado que ese bichito pudiera pelear con tanta furia. Había querido divertirse un poco, pero jamás se le ocurrió que el piojo fuera capaz de llevar las cosas tan lejos.

—¡Vamos, pelee! —gritó el piojo, atropellando.

Otro manotazo del puma y el piojo fue a caer arriba del elefante, ahí rebotó y cayó sobre el lomo del tapir.

—¡Lo va a matar! —dijo el coatí.

—¡Lo va a destrozar con sus garras! —dijo el oso hormiguero.

—¡Lo va a morder con esos enormes colmillos! —dijo la iguana.

—¡No podemos dejar que sigan! —dijo el sapo.

—¡Tenemos que hacer algo! —dijo el quirquincho.

—¡Por favor, don Elefante, usted puede pararlos, haga algo! —pidió la cotorrita verde.

—Bueno, bueno —dijo el elefante, poniéndose en medio del piojo y el puma—. ¡Se acabó la pelea!

El puma dio un paso para atrás y dijo:

—Por mí, la terminamos. Y les cuento que fue la mejor pelea que tuve en mi vida. Lo felicito, don Piojo, estuve mal y pido disculpas.

—Acepto sus disculpas, y también acepto que me estaba ganando. Debo admitir que usted es más fuerte que yo.

Los animales hablaron todos juntos y se preguntaron muchas cosas. En especial, se preguntaron por qué habría comenzado esa pelea tan feroz. Pero ninguno sabía.

Después se fueron, cada cual para su lado.

El elefante, el coatí, el sapo y el piojo se quedaron charlando.

—Don Piojo —preguntó el sapo—, ¿por qué comenzó todo este lío? ¿Se da cuenta en lo que se metió?

—Fue demasiado peligroso —dijo el coatí—. El puma es un animal feroz. Me hizo temblar todo el tiempo.

—No se preocupe, amigo Coatí, yo temblaba más todavía —dijo el piojo.

—¿Por qué pelearon? —preguntó el elefante.

—Porque casi me pisa. Pasó sin mirar y casi me pisa. Y cuando yo grité, me mostró todos esos dientes que tiene y encima me insultó y me pisó la sombra.

—¡Lo insultó! —dijo el sapo—. ¡Le pisó la sombra! ¿Qué le dijo?

—En realidad, nada. Pero me miró como si me insultara. Y movió la pata y casi me pisa otra vez. Y de nuevo, me pisó la sombra. Entonces me enojé. Me enojé y lo desafié a pelear.

—Pero, don Piojo —dijo el elefante—, un piojo no puede pelear con un puma.

—Ya sé que no, pero las cosas tienen su límite. Y creo que se estaba pasando de la raya. ¿Sabe, don Elefante?, a veces los bichos chicos tenemos que defender a muerte la dignidad. Si no resistimos, si no defendemos la dignidad, entonces sí que estamos listos. Y un buen piojo no puede permitir que nadie le pise la sombra.

El elefante y el sapo se miraron y dieron un paso hacia atrás con todo disimulo. No vaya a ser que por ahí, sin darse cuenta, pusieran la pata encima de la sombra del piojo.

PROV. DE BS. AS. D.G.C. y E.
ESC. N° 32
Pje. La Primavera Azul



Pisando fuerte

El piojo pisaba fuerte.

Cuando llegaba el otoño, nada le gustaba más que caminar bajo los árboles, pisando las hojas secas.

Crac-crac hacían las hojas y el piojo sentía una música que lo llenaba de alegría.

Nada le gustaba más. Nada, además de andar enamorado, mirar la luna cuando estaba en cuarto creciente, sentir el ruido del río al anochecer, mirar la luna llena, subirse a los árboles para ver más lejos, pasear en lomo de elefante, escuchar las mentiras del sapo, correr carreras con su sombra y...

Bueno, pero ahora, en este mismo momento, nada le gustaba más que pisar las hojas secas. Y las pisaba apretando fuerte, para que hicieran el ruido más grande.

Crac-crac hacían las hojas a cada salto del piojo.

—¡Ese ruido me molesta! —gritó el carancho—. No quiero escucharlo más.

—Sí, sí —dijo la lechuza—. Es un ruido espantoso.

El piojo miró para arriba. Ahí estaba la lechuza parada en un poste y estaba el carancho en la rama de un árbol.

El piojo pensó dos veces. Pensó en enojarse, pensó en discutir, pensó...

—Bah —se dijo—, hoy no tengo ganas de pelear, mejor me voy para otro lado.

—A vos te estamos hablando, ¿estás sordo? —gritó el carancho.

—Ya los escuché. Me voy a pisar las hojas allá lejos, bajo aquel jacarandá.

—No, no —dijo la lechuza—, justamente pensaba ir a ese jacarandá.

—No hay problema —dijo el piojo—, me voy para el otro lado, allá, junto al algarrobo grande.

—Es que yo estoy por ir a ese algarrobo —dijo el carancho.

—Bueno, don Carancho, entonces me voy a pisar las hojas por el lado de aquel lapacho.

—Piojito, ¿vos sos o te hacés? ¿No te das cuenta que no queremos que nadie pise las hojas secas?

—Claro —añadió la lechuza—, no nos gusta el ruido de las hojas secas.

—Yo me voy a ir muy lejos, donde nadie escuche nada.

—Pero nosotros vamos a saber que estás haciendo ruido aunque sea muy lejos —dijo el carancho.

—Y no queremos saber que nadie ande pisando las hojas secas —agregó la lechuza.

—Es que no me van a oír...

—Pero vamos a saber, y eso es todavía peor, porque no sabemos cuándo empieza y cuándo termina. No, no queremos

que nadie pise las hojas secas en ningún lugar.

—¿Y cómo hago? ¡El monte está lleno de hojas secas! ¡No se puede caminar sin pisarlas!

—Tenés que hacer como nosotros —dijo el carancho—. Si uno vuela, no tiene que pisar las hojas.

—Claro —dijo la lechuza—, es horrible eso de pisar las hojas. ¡No vamos a permitir que nadie lo haga!

—Sí —dijo el carancho—, y aquí se hace lo que ordenamos nosotros.

—¡Y al que no le guste...! —dijo la lechuza con tono de amenaza.

El piojo no sabía qué hacer, y la mano se estaba poniendo pesada.

Crac-crac-crac-crac, se oyó un ruido de muchísimas hojas que alguien venía pisando. Cada vez más fuerte. Y entonces apareció el elefante.

—Amigo Piojo —dijo el elefante—, ¿a que no adivina qué estoy haciendo?

—¡Claro que adivino! ¡Usted está pisando las hojas secas!

—Creo que tenemos gustos parecidos. ¿A usted también le gusta pisar las hojas en otoño?

—Es lo que más me divierte, pero hay algunos a los que no les gusta y dicen que no van a permitir que nadie las pise.

—¿Que no van a permitir? ¿Quién dice eso? Están locos si quieren prohibir una cosa tan linda.

—Pero algunos se aprovechan porque son más grandes...

—Don Piojo, aprendí de usted que hay que resistir y pelear para defender la dignidad. Si quiere, peleamos juntos.

—¡Un momento, un momento! —se oyó el rugido del puma—, junto al piojo yo también peleo. Díganme con quién hay que pelear.

—¡Aquí llegamos dos más! —gritó la pulga que venía en el lomo del yacaré.

—Y aquí llego yo —dijo el sapo—, me demoré porque estaba pisando hojas secas.

Y entonces llegaron el mono y el coatí, el quirquincho y la iguana, el tapir y el oso hormiguero y el bicho colorado y el ñandú.



Todos rodearon al piojo, que saltó a la cabeza del ñandú para mirar más lejos.

Y miró adonde estaban la lechuza y el carancho. Pero no vio nada. Apenas, muy a lo lejos, se veían dos puntitos volando y alejándose más y más.

—Bueno —dijo el piojo—, creo que aquí ya terminó la pelea.

—¿No hay pelea? —dijo el yacaré un poco triste.

—No, no hay pelea, pero hay algo mucho mejor.

Crac-crac-crac, se movió el elefante, pisando las hojas.

Crac-crac-crac, se movió el oso hormiguero.

Crac-crac-crac, se movió el quirquincho.

Y se movieron y caminaron el puma y la pulga, el ñandú y la iguana y el coatí y el mono y el bicho colorado.

Todos caminaron, pisando las hojas secas. Todos hicieron ruido, mucho ruido. Y hacer ruido porque sí, porque se les daba la gana, era lo más parecido a la alegría.



Una lluvia para temblar

Jamás había llovido tan fuerte. Los truenos hacían temblar los árboles y la tierra, y cuando la tierra tiembla, tiemblan todos los animales.

—¡Añamembuí! —dijo el piojo—, estoy temblando más que cuando peleaba con el puma. Con esta lluvia, se van a ahogar hasta las mojarritas.

—Usted tiene suerte, amigo Piojo —dijo el bicho colorado—, los que tienen patas largas no corren peligro de ahogarse.

—Lo invito a que se venga por aquí, el amigo Ñandú no va a tener problemas. Pero ya mismo le pregunto.

—No hace falta que pregunte —dijo el ñandú—, pegue un salto nomás que aquí lo espero.

Y el bicho colorado saltó a la cabeza del ñandú y se acomodó entre las plumas para protegerse de la lluvia.

—¡Ah, claro, y a mí que me parta un rayo! —dijo la pulga, llegando a los saltos entre los charcos.

—Dele, amiga pulga, la esperamos —dijo el ñandú.

Amontonados bajo el algarrobo, estaban un montón de bichos, todos los bichos del monte. Y en el medio del algarrobo, estaban la lechuza y el carancho, el benteveo y la tijereta, el tordo y la calandria y otro montón de pájaros de todos los colores.

Los truenos hacían temblar cada vez más la tierra. Y en el medio del temblor y del ruido y del miedo, se fueron adormeciendo con el repiquetear de la lluvia.

Y se fueron adormeciendo y se fueron adormeciendo.

Entonces, se oyó un trueno más fuerte que todos los truenos y se oyó una voz que bajaba de lo alto y subía desde abajo y se oía de adelante y de atrás y estaba por todos lados. Por lo menos la pulga y el piojo y el bicho colorado juran que la oyeron. Y que oyeron bien clarito que dijo:

—Carancho, a vos te vengo a ver.

Y los que oyeron la voz dicen que miraron hacia donde estaba el carancho y lo vieron cerrar los ojos y bajar la cabeza. Y que la voz le siguió diciendo:

—Carancho, ¿te das cuenta de lo que estás haciendo de tu vida? Alguna vez fuiste un bicho lleno de valor, de inteligencia, y ahora mirá con quién te juntás. Nada menos que con esa lechuza chismosa y chupamedias. Ya me enteré de que también peleás con los más chicos, y encima que te volviste cobarde.

El piojo jura que el carancho no dijo nada y que la voz siguió diciendo:

—Carancho, vos estabas para otras cosas, para mirar el mundo desde muy arriba,

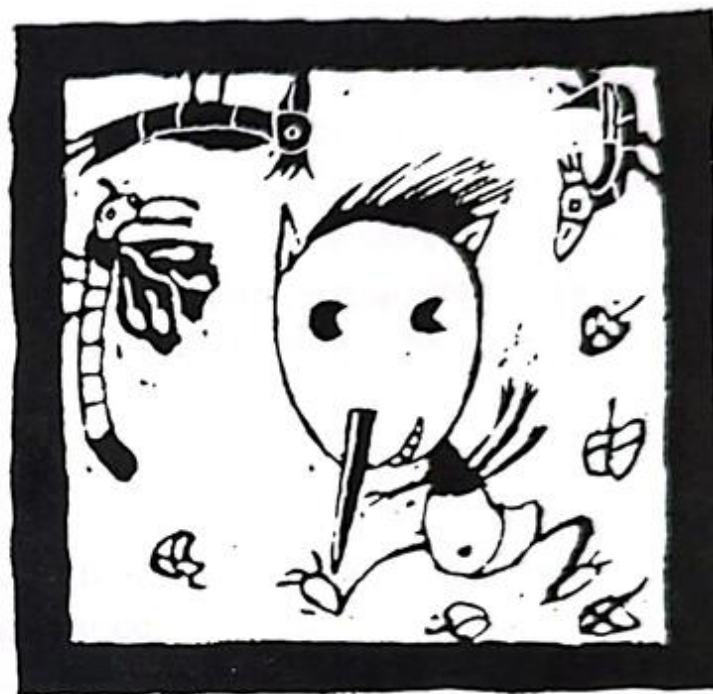
y ahora tenés miedo de pegar un grito, te espanta el ruido de las hojas secas, te ponés a temblar si ruge el jaguar, te volviste chismoso y miedoso y chupamedias. Estás volando bajito, carancho, como si fueras una lechuza. Lástima, carancho, nunca vas a conocer las cosas lindas de la vida. Después, eso dicen el piojo y la pulga y el bicho colorado, se oyeron más truenos y la lluvia se hizo más fuerte. Y no hubo ninguna voz que apareciera en medio de la lluvia.

Después salió el sol, apareció el arco iris, y todos los animales fueron a ver el río que estaba crecido como nunca.

El sapo dijo que no oyó ninguna voz, el puma no oyó nada, el quirquincho dijo que solo escuchó los truenos, la iguana dijo que no sabía y el monito que se había tapado las orejas porque se le estaban llenando de agua.

El piojo, la pulga y el bicho colorado se miraron sin entender.

—¿Habremos soñado? —dudó la pulga.



—Yo juro que estaba despierto —dijo el bicho colorado.

—Entonces habrá sido una broma de don Sapo —dijo el piojo.

Nunca se animaron a preguntarle al carancho. Pero lo extraño es que el carancho ahora vuela más alto, cada vez más alto.



Otra vuelta al mundo

El pájaro carpintero golpeaba y golpeaba con el pico el tronco del árbol, abriendo un hueco redondo y perfecto.

El hornero amasaba prolijamente el barro y seguía dando forma a su casita.

La calandria, el tero, el chajá, la paloma, el benteveo, el cardenal, hacían sus nidos. Algunos en el suelo, escondidos entre las matas, otros en los árboles, en las horquetas, en el tronco, o colgando de las ramas, raros adornos que parecían una parte nueva y misteriosa del árbol.

Las cotorras juntaban ramas espinosas y armaban inmensas construcciones en lo más alto del algarrobo.

Y todos, en parejas, cantaban y silbaban enloquecidos de contentos.

—¿Qué les pasa a los pájaros? —preguntó el bicho colorado.

—¿A usted no le pasa nada? —dijo la pulga.

—No, no me pasa nada.

—¿No siente ninguna cosa rara?

—¿Por qué tengo que sentir? Lo único es que ando un poco inquieto, que no duermo bien, que tengo ganas de hacer muchas cosas, pero no sé qué. Y que no me entiendo a mí mismo, porque a veces tengo ganas de algo y al ratito quiero otra cosa y después otra. Y que por ahí me dan ganas de pelear, pero después quiero ponerme a cantar. Y que me dan unas ganas locas de saltar porque sí y después se me pasan las ganas y me pongo triste y miro el río, y a veces siento que una lágrima chiquita se me cae y cuando se me caen las lágrimas, me dan ganas de llorar.

—¿Y le parece que no le pasa nada?

—Y, que yo sepa, no me pasa nada.

—Amigo Bicho colorado —dijo la pulga—, ¿no se dio cuenta que llegó la primavera?

—¿Y a mí qué me importa la primavera?

—Es que cuando llega la primavera, a todos les dan ganas de ponerse a noviar. ¿No vio lo que están haciendo los pájaros? Andan noviendo, y están haciendo sus nidos.

—¿Y...?

—Y a usted, eso que le pica por ahí, quiere decir que anda con ganas de ponerse de novio.

—¿Yo de novio?

—Sí, como los demás bichos, colorados o blancos o negros. Y si me disculpa, aquí viene un pulguito a buscarme y me tengo que ir.

El bicho colorado se quedó pensando.

¿Tendría razón la pulga?

¿Andaría con ganas de ponerse de novio?

Bah, qué tontería.

Bueno, justamente ayer había visto una bichita colorada que se le cruzó en el camino y le pareció muy hermosa.

Y además, por pura casualidad, anoche había soñado con ella. Pero miren si uno le va a hacer caso a las casualidades.

Enamorarse y andar como esos pájaros cantando de aquí para allá. A quién se le ocurre. Seguramente el piojo no andaría en esas cosas. El piojo era un bicho serio, un amigo de los buenos, en los que se podía confiar.

Y ahí, mientras el bicho colorado estaba pensando, llegó el piojo.

—Amigo Piojo, justo estaba acordándome de usted. Tenía ganas de charlar un rato, porque aquí pasan cosas raras.

—Todo lo que quiera, pero va a tener que esperar un poco, ando apurado buscando una piojita que me está esperando.

—¿Usted también, amigo Piojo?

Pero el piojo ya estaba lejos, yendo a los saltos para el lado del río.

—¡Qué lo tiró! —dijo el bicho colorado—. Ya sé, voy a buscarlo a don Sapo.

Apenas lo vio, de lejos, le dijo:

—Don Sapo, quiero hablar con usted.

—Cómo no —dijo el sapo—, venga que le presento a la sapita más linda del monte.

—No, deje —dijo el bicho colorado—, otro día charlamos.



Cada vez entendía menos. Otra vez sentía que le daban ganas de pelear, de cantar, de mirar el río, de irse, como lo había hecho hace tiempo, a dar la vuelta al mundo...

Sí, eso haría. Y sin perder tiempo, comenzó a dar por segunda vez la vuelta al mundo.

Caminó y caminó, y cuando ya había recorrido siete árboles, medio llorando de bronca, zas, casi tropieza con la bichita colorada con la que había soñado de pura casualidad.

—Uy, qué torpe soy, casi te pego un empujón —dijo disculpándose—. Es que estaba muy apurado por irme a dar la vuelta al mundo.

—¿Y te ibas solito? ¿No es demasiado peligroso?

—Puede ser, pero no importa.

—¿Y no hay nadie que te acompañe?

—Quién va a querer acompañarme. Ando solo y sin amigos. Bueno, mejor me voy.

—Decime, bicho colorado, ¿no te gustaría más ir a pasear en elefante? A mí me gustaría acompañarte.

—Bah, anda trompa con trompa con su elefanta. Pasó a mi lado y ni me vio.

—Pero es que no nos tiene que ver. Nos trepamos al lomo, y paseamos por todo el monte.

—¿Te gustaría, bichita?

—Sí, pero si vamos bien agarraditos, porque me da miedo ir tan alto. Es demasiado grande el elefante.

—A mí no me da miedo y ya anduve muchas veces —dijo el bicho colorado, poniéndose más colorado todavía.

Todavía andan por ahí. Y al bicho colorado le parece que es muy lindo cómo cantan el tordo y la calandria. Y le parece que son hermosos los nidos del hornero y el hueco en el árbol que hizo el pájaro carpintero.

Hace mucho que andan muy juntitos, y ni el elefante ni la elefanta, distraídos en sus cosas, se dieron cuenta de que los dos bichos colorados se habían quedado a vivir ahí arriba, haciendo lo más parecido que hay a dar la vuelta al mundo.



Historia de la vizcacha y la lechuza

—**T**enemos que hacer algo —dijo la lechuza.

—Sí, sí —dijo la vizcacha—, aquí cada uno hace lo que quiere, y eso es culpa del piojo.

—Del piojo y de ese elefante que se vino a vivir en nuestro monte. ¿Por qué se tiene que quedar aquí?, nos quita todo el aire que respiramos.

—Y nos quita el espacio.

—Y además come mucho.

—Y se lo pasa charlando con el sapo, seguramente hablando mal de nosotros.

—¡Las cosas que dirán! Fíjese que hasta el carancho no nos da más bolilla y se dedica a volar muy alto.

—Sí, sí, ese elefante es un bicho peligroso. Y con esa nariz que tiene, se respira todo el aire.

—Cualquier día nos quedamos sin aire para nosotros, que somos los dueños de este monte.

—Habría que hacer algo, doña lechuza, y yo comenzaría por echarlo al elefante.

—Eso es fácil. Hay que planear algo para que los otros bichos le tengan bronca.

—¿Qué podríamos hacer?

—No sé, pero hay que ponerse a pensar. Y tenemos que comenzar ya mismo.

Y la lechuza y la vizcacha pensaron.

Siete días y siete noches pensaron.

Pero no se les ocurría ninguna maldad. O mejor, se les ocurrían muchas, pero ninguna servía. Entonces, dijo la lechuza:

—¿Por qué no hacemos lo que sabemos hacer?

—¿Y qué sabemos hacer? —preguntó la vizcacha.

—Hablar mal de los bichos. Pero hacerles creer que el que habla mal de ellos es el elefante.

Entonces, comenzaron las habladerías en el monte.

Alguien dijo que alguien había dicho que le dijeron que el elefante se reía del sapo por petiso y jetón.

Alguien oyó que alguno había escuchado que el elefante decía que el piojo era un bicho insignificante.

Alguno repitió que le habían contado que oyeron cuando el elefante decía que el puma es un jaguar sin manchas.

Y que el jaguar es un puma manchado.

Muchos empezaron a decir que parecía que el elefante quería pisarles las orejas a todos.

Y que el dueño de todo el aire es el elefante.

Y al que no le guste que se vaya.

Y que después de todo, si no se van, los va a echar uno por uno.

Y que les va a pisar las patas y la cola y las orejas.

Y los rumores corrieron. Corrieron por arriba y por abajo. A algunos les entró miedo y trataban de estar siempre lejos del elefante.

A otros les dio rabia, pero también se alejaban de ese elefante tan peligroso.

—¡No puede ser! —le dijo el piojo al sapo—. No puede ser que el elefante diga que usted es petiso y jetón.

—Menos va a andar diciendo que usted es un bicho insignificante. No, amigo Piojo, aquí pasa algo raro.

—Y lo voy a averiguar ya mismo, porque sospecho de dónde salen esas barbaridades —dijo el piojo.

Y se fue. Se fue silbando bajito, disimulado entre los yuyos, para el lado donde estaba la lechuza. Cuando la vio conversando con la vizcacha, se hizo más chiquito, aplastándose contra el suelo y se acercó para oír de qué hablaban.

—¡Todo va marchando bien! —dijo la lechuza.



—Tenemos que seguir un poco más, y chau, elefante. ¡No hay nadie como usted para los chismes, amiga lechuza!

—Es cuestión de práctica, y usted sabe que yo tengo mucha práctica.

El piojo, sin hacer ruido, corrió hasta donde estaba el sapo. Después, llamaron a la pulga, al mono, al bicho colorado, al jaguar, al tapir, al yacaré, al puma y por último al elefante.

—Si ustedes quieren, yo me voy —dijo el elefante.

—No, don Elefante —dijo el piojo—, usted no se va.

Y contó con pelos y señales todo lo que había averiguado. Después dijo:

—Y ahora tenemos que resolver qué hacemos con estos dos bichos chismosos.

—¡Yo me como a la vizcacha y asunto arreglado! —dijo el puma.

—Si no hay más remedio, yo puedo comerme a la lechuza —dijo el jaguar.

—Eso es muy aburrido —protestó la pulga—, yo creo que conviene divertarnos un poco.

—¿Divertarnos? ¡Eso lo mejor! —dijo el sapo—. ¿Y qué hacemos?

—Hacer que se enojen entre ellas —dijo la pulga.

Y por el monte comenzaron a correr otros rumores.

Que la vizcacha decía que la lechuza no sabía volar.

Que la lechuza decía que la vizcacha era un bicho estúpido.

Que la vizcacha se reía del chistido de la lechuza.

Que la lechuza se reía de los dientes de la vizcacha.

Y que la vizcacha...

Y que la lechuza...

Al poco tiempo, la vizcacha y la lechuza trataban de estar lo más lejos posible una de la otra. La lechuza no entendía lo que estaba pasando. Y lo que menos podía entender era por qué todos los bichos paseaban en lomo de elefante, como si no supieran que era un animal perverso que les iba a respirar todo el aire del monte.

Pero lo peor de todo era que el monito daba saltos mortales en el lomo del elefante y la miraba y se reía.

La lechuza podía dar vuelta a la cabeza, podía cerrar los ojos, pero seguía oyendo la risa del monito.

—Dígame, don Piojo —preguntó el yacaré—, ¿cómo se dio cuenta de que eran inventos de la lechuza?

—Muy fácil. ¿A quién se le ocurre pensar que el sapo es petiso y jetón?



Fin de la historia

—Me parece que me falta algo, don Sapo —dijo el piojo.

—A mí también me anda faltando algo —dijo el bicho colorado.

—¿Saben lo que pasa? Ustedes están extrañando que las cosas anden mal. Les gusta la pelea, y ahora que en el monte está todo tranquilo, no se quedan conformes.

—Sí, por aquí está tranquilo, pero tal vez estemos haciendo falta en otro lugar del mundo.

—¿Y usted se cree que puede arreglar las cosas de todo el mundo? ¿No suena medio pretencioso?

—Yo solo no, don Sapo, ¿pero qué le parece juntos?

—Así es diferente. ¿Los tres?

—Claro —dijo el bicho colorado—, no me van a dejar a mí. Así hacemos como en el cuento que nos contó don Sapo cuando vino de Buenos Aires, ese de Los Tres Mosqueteros.

—¿Por dónde comenzamos? —preguntó el piojo.

—Lo más cerca es Castelli, o Tres Isletas, o Saénz Peña, esas grandes ciudades por donde yo inicié mi primera vuelta al mundo.

—Que yo sepa, donde más estamos haciendo falta es en Buenos Aires —dijo el sapo—. Y eso solo para comenzar.

—¡Entonces vamos para allá! —se entusiasmó el bicho colorado.

—¡Un momento, un momento! —gritó la pulga—. Ya los escuché, están locos si piensan que se van solos. Y no se olviden que los tres mosqueteros eran cuatro.

—Pero eran cuatro hombres, con ellos no peleaba ninguna mujer —dijo el sapo.

La pulga se puso bizca de bronca.

—¡Usted, don Sapo, con esas antigüedades! ¡Ni se le ocurra!

Ninguno dijo nada.

Y ahí están, el piojo, el sapo, el bicho colorado y la pulga, mirando el río y pisando fuerte, esperando que pase un buen camalote, en el que piensan viajar para arreglar las cosas que andan mal en Buenos Aires. Y eso solo para comenzar.

Glosario

Añamembuí: voz guaraní. Hijo del diablo. Exclamación usada especialmente para insultar.

Bicho colorado: insecto muy pequeño, como la cabeza de un alfiler, que pica muy fuerte.

Bolitas de paraíso: frutos del paraíso, pequeños y duros, usados por los chicos para jugar.

Calandria, carancho, benteveo, tero, tordo, chajá, hornero: aves de la Argentina.

Camalotes: conjunto de plantas acuáticas y ramas que arrastran los ríos.

Caracú: voz de origen guaraní. Médula de los huesos.

Coatí: cuatí. Pequeño mamífero con hocico alargado que abunda en los bosques del norte argentino.

Corzuela: rumiante chico, de la familia de los ciervos.

Jacarandá, algarrobo, lapacho, paraíso: árboles característicos de la Argentina.

Mburucuyá: voz guaraní. Pasionaria. Enredadera silvestre que da una bella y llamativa flor, cuya fruta es el maracuyá.

Quirquincho: voz de origen quechua. Armadillo que posee la característica de cerrarse como bola.

Surubí: pez de río, de gran tamaño.

Tapir: llamado "la gran bestia". El mayor de los mamíferos de América. Tiene la nariz prolongada en una trompa corta.

Tatú carreta: armadillo gigante, en vías de extinción, que habita en las selvas del norte argentino. Puede pesar más de 30 kilos.

Vizcacha: roedor de unos 50 cm y cola larga. En muchas regiones es plaga.

Yacaré: caimán.

Yaguareté: jaguar.

Índice



Canción de amor	5
Desafío mortal	17
Pisando fuerte.....	25
Una lluvia para temblar.....	33
Otra vuelta al mundo.....	39
Historia de la vizcacha y la lechuza	47
Fin de la historia.....	55
Glosario	58



Gustavo Roldán

Se lo considera, con justa razón, uno de los mejores escritores de la literatura infantil argentina; nació en 1935 y falleció en 2012. Se recibió de licenciado en Letras, fue docente, periodista y editor. Recibió numerosos premios nacionales e internacionales por su obra. Publicó, en esta colección: *Cuando el río suena*, *Como si el ruido pudiera molestar*, *Pájaro de nueve colores* y *El último dragón*.



Oscar Rojas

Nació en Catamarca en 1934 y estudió en la Escuela de Bellas Artes de San Miguel de Tucumán. Ejerció la docencia en la Facultad de Diseño y Urbanismo de la Universidad Nacional de Buenos Aires. Desde 1984 se dedicó a la ilustración de libros para niños. Falleció en 2019.

Historias del piojo

Gustavo Roldán

Ilustraciones de Oscar Rojas



Gustavo Roldán, con su magia indiscutible, nos habla del amor, la amistad y la solidaridad.

Este es un libro boscoso, selvático, que tiene como centro a un piojo. Pero no es un piojo cualquiera. Es un piojo peleador, que pisa fuerte, que no le teme a nada: ni al mismísimo puma ni a los chismes achacosos de la vizcacha y la lechuza. Pero no siempre es así. Alguna que otra vez le cambia el humor. Por ejemplo, cuando ve a la piojita más hermosa de todo el monte chaqueño.

DIRECCIÓN GENERAL DE
CULTURA Y EDUCACIÓN



GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE
BUENOS AIRES

Norma

www.normainfantilyjuvenil.com/ar



61105340